

Valenzuela Márquez, Jaime, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900*, [Santiago], 1991, [Biblioteca nacional], 159.

El autor del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, de la entidad editora, dirigido por Sergio Villalobos, consagrado académico, particulariza en este análisis - valiéndose de nuevas técnicas creadas recientemente por las historiografías británica y francesa - abigeo o asaltos, dentro de la criminalidad rural.

La nueva interpretación del pasado social se interesa por gentes y grupos antes ninguneados aprovechando aportes de otras disciplinas, de la antropología a la sociología, de la economía a la demografía, sin olvidar la psicología. La cuestión debería inscribirse en problemática más amplia, la de la convulsión social generada por la implantación del capitalismo liberal, el rechazo popular a la agresión y la determinación de neutralizarlo por parte de los intelectuales orgánicos del sistema, ni que sea tachando a los refractarios de cuatros, facinerosos, vagos, vagabundos u otras lindezas por el estilo.

Valenzuela observa el bandidaje como una de las respuestas de excluidos e ilegalizados y es la primera monografía temática si bien ya se aproximaron a la cuestión historiadores consagrados, de Góngora a Pinto, de Carmagnani a Mellafe, así como folkloristas o estudiosos de la tradición oral popular. Su aportación por razones archivísticas se limita al departamento de Curicó; tras examinar a fondo la agricultura del Chile central se plantea el origen social y espacial de los bandidos y los factores socioeconómicos que trajeron la desesperada respuesta. Otro apartado trata del origen, formación, estructura, funcionamiento y refugios de los forajidos. Mientras el último trata del destino de los bienes sustraídos.

Lástima que trabajo en lo académico impecable, con un abrumador aparato crítico, quizás desmesurado, no se cuestione la veracidad de las fuentes. Insisto, en un momento de gran conflictividad social era de maliciar que los explotadores y contestados no sólo reprimieran a los contestatarios, podían además intentar satanizarlos en un desesperado intento de justificar las puniciones y desprestigiarlos ante el resto de la comunidad. Trabajos como éste podrían cotejarse al perpetrado por historiadores que han aceptado sin cuestionarla la información policial de tantos dictadores, Pinochet o Francisco Franco por citar sólo dos.

Miquel Izard